



Gatos con botas y sin botas: La búsqueda de la propia identidad en *Luli, una gatita de ciudad* de Mempo Giardinelli y *Lo que nunca se supo del gato con botas* de Adela Basch.

María Gabriela Casalins (Instituto Eureka. Instituto Terrero)

“En otro tiempo estás. Eres el dueño/ de un ámbito cerrado como un sueño”.
Jorge Luis Borges, “A un gato”.

Este trabajo intenta acercarnos a la noción de la construcción de la identidad en dos textos bien disímiles: la novela de Mempo Giardinelli *Luli, una gatita de ciudad*, y el cuento *Lo que nunca se supo del gato con botas* de Adela Basch. En ambos textos se plantea la búsqueda de la propia identidad a través de la figura esquivada y misteriosa del gato.

En el primer caso, la novela de Giardinelli planteará un recorrido geográfico en la dicotomía campo-ciudad como periplo aventurero de una protagonista que “se busca” en el camino.

En el segundo caso, la identidad está, aparentemente encontrada y asentada, pero se podrá comprobar con la lectura que las cosas no son lo que parecen. El punto de contacto o disparador de ambas búsquedas será el aburrimiento de los protagonistas.

En el mundo de los niños, el aburrimiento siempre propone un vacío, y, paradójicamente este vacío abismal en apariencia, conlleva la apertura de juegos que inauguran portales de mundos mágicos y desconocidos, entre los cuales están los juegos de identidad: “Y dale que yo soy...” no es una frase ajena a la imaginación infantil. Por otra parte, cualquier adulto que aún se recuerde niño será capaz de reconocerla. Hay adultos que aún juegan este juego: Mempo Giardinelli y Adela Basch parecen ser dos de ellos, como veremos en estas obras.

Ambos textos instauran diversas miradas acerca de la búsqueda de la identidad personal partiendo del mismo disparador. Sería necesario, pues, hacer un poco de historia sobre los protagonistas: los gatos.

Los gatos, el Gato con Botas, casos de identidad reservada en la Literatura Occidental

A lo largo de la historia de la humanidad la figura de los gatos ha estado siempre ligada a diversos simbolismos: se los ha asociado a las brujas, las tinieblas y la muerte en la Edad Media; a la luna en el Antiguo Egipto, o bien, como señala Plinio en su *Historia Natural*, se

los ha tenido como símbolos de la libertad a ultranza: “ Estos, aunque sean muy mansos, nunca sufren estar encerrados, y por esta causa fueron jeroglífico de la libertad; y así, antiguamente los Alanos, Suizaros y Borgoñeses, los tenían por insignia, o divisa de sus estandartes y banderas, dando a entender con esto, que no sufrirían sus ánimos servidumbre ni sujeción”. (Cayo Plinio Segundo, 521: 1624)

La figura de los gatos está siempre ligada a lo esquivo a lo inaprensible. Y tal vez en estas características residan su esencia y su identidad. Contrasta con otro de los animales de compañía que ha tenido el hombre: el perro. Por el contrario, su figura ha estado siempre ligada a la fidelidad y a la custodia: baste recordar al perro de Odiseo, Argos, quien murió de alegría al haber reconocido a su amo después de tantos años cuando éste regresó de incógnito a Ítaca. Otro ejemplo contundente es el del filósofo Diógenes, siempre acompañado por su perro y quien lo tenía en tal alta estima que decía: “Cuanto más conozco a la gente más quiero a mi perro”.

Los gatos, por el contrario, son de materia escurridiza y es difícil definir para ellos una ecuación de fidelidad u otra virtud apreciable por el hombre tal como sucede siempre que se habla de los perros. Es casi imposible, por tanto establecer su identidad real: tan misteriosos se nos presentan, tan ligados a su individualidad y libertad.

Esta calificación de inasequibles está también presente en los relatos tradicionales maravillosos que han llegado a la literatura infantil. Como todos sabemos, estas historias están pobladas de brujas y gatos negros que las acompañan, de gatos hogareños y de gatos “caza ratones” dentro de los castillos. Sin embargo, hay un gato que destaca sobre todos los demás, es *El gato con botas*.

En el relato de los hermanos Grimm el gato del molinero recibe, en primer lugar una nueva transmutación en su identidad: pasa de ser un gato que caza ratones para que éstos no se coman el trigo del molino (función utilitaria y ligada a sus características de cazador), a ser dejado en herencia al hijo menor, quien, en un principio lo desestima como tal: “Entonces se puso muy triste y se dijo a sí mismo: 'Yo soy el que ha salido peor parado, mi hermano mayor puede moler y mi segundo hermano puede montar en su asno, pero ¿qué voy a hacer yo con el gato? Si me hago un par de guantes con su piel, ya no me quedará nada”’. (Grimm, 62: 2000)

Y es el gato, quien, tal vez por literalmente “salvar el pellejo”, se reviste de una identidad mágica a partir de la solicitud a su amo de unas botas, símbolos inequívocos del hombre en tanto le permiten al animal la caminata erecta y, por tanto de la libertad de acción. Así, un simple gato caza ratones se convertirá por obra de su propia magia en un remedo de hombre,

en un “juguemos a ser como”, copiando actitudes, por cierto no muy edificantes, de los hombres.

Cirlot dirá al respecto del valor del símbolo del calzado para la antigüedad: “Según Swedenborg, simbolizan las 'bajas cosas naturales', tanto en un sentido de humildes, como de el de ruines. Es también un símbolo del sexo femenino y con este sentido puede aparecer en Cenicienta. Signo de libertad entre los antiguos” (Cirlot, 472: 2007).

Las botas parecen definir una identidad nueva en el animal: la de la aventura y la del riesgo, casi ligada a la figura del pícaro en cuanto a la astucia demostrada en los lances para conseguir un buen pasar para su amo. Este calzado, asociado en el relato tradicional a la magia (baste recordar las botas de las siete leguas de Pulgarcito o el zapatito de cristal de Cenicienta), lo provee de un carácter hasta ese entonces escondido: logra el bienestar para el amo, lo encumbra social y económicamente y él mismo consigue un puesto de primer ministro cuando su amo se convierte en rey al finalizar la historia y todo... a través del engaño.

Pero, ¿quién es este gato que puede hablar, camina y obra como un hombre y parece tener el mismo nivel de especulación? Tal vez, detrás de él se esconde el temor a ser convertido, simplemente, en un par de guantes. Tal vez sólo se trata de sobrevivir a la crueldad a través del ingenio y de la magia. Es la vulnerabilidad del que sabe que está “de prestado” en el mundo de los hombres tan plagado de reglas arbitrarias, acomodadas siempre al beneficio personal, reglas que ameritan un juego estratégico ingenioso de supervivencia. Dicho juego queda demostrado, sin duda, en la propuesta del gato a su amo: “-Escucha-empezó a decir el gato, que lo había entendido todo-, no debes matarme sólo por sacar de mi piel unos guantes malos. Encarga que me hagan un par de botas para que pueda salir a que la gente me vea, y pronto obtendrás ayuda.” (Grimm, 62: 2000)

El gato con botas decide, en principio, reservarse, no mostrarse, permanecer como un gato doméstico, en la seguridad del molino. Guarda para sí la magia y el misterio, hasta que ese “statu quo” se ve amenazado: es el hombre y la zozobra de vida humana que debe ser asumida por el animal. Solo la indefensión ante la posibilidad de una muerte violenta genera la reacción y vislumbramos una búsqueda de otra identidad que lo salve. Incertidumbre convertida en certeza emprendedora. Identidad no deseada pero obligada por las circunstancias. Eso muestra este gato que se calza las botas y sale al mundo y a su combate.

En este caso, la búsqueda de la identidad está ligada a la supervivencia. Pero no siempre es así. Otros gatos nos presentan diversas búsquedas. Una de ellas el Luli, la gata de Mempo Giardinelli.

El caso de la verdadera identidad de *Luli, una gatita de ciudad* (El problema de la dualidad)

Comparativamente, la historia de *Luli, una gatita de ciudad* de Mempo Giardinelli está cerca y a la vez lejos del tránsito vital del Gato con Botas de los hermanos Grimm. Cerca porque Luli es una gatita que vive en el seno de una familia de ciudad, contenida y alimentada, pero nada más. Lejos porque la aventura que Luli emprende se parece a la aventura del gato con Botas aunque se distancia de ella porque no tiene que ver con la amenaza a su vida sino con otro factor, el aburrimiento: “Podía pensarse que no tenía nada de malo llevar esa vida. Pero había un problema: el aburrimiento. Luli estaba aburrída como un león en su jaula. O como un chimpancé de circo cuando no trabaja.” (Giardinelli, 10-11:2000).

Ante su inquietud juguetona los amos comienzan a pensar que Luli está loca. También piensan que no quiere a nadie cuando la levantan del sofá en el que está pensando para sentarla sobre sus regazos: “Luli se dejaba estar sólo unos segundos, por cortesía, pero enseguida se las ingeniaba para escabullirse. Entonces las personas decían:- Siempre lo mismo. Este animal no quiere a nadie.” (Giardinelli, 15:2000)

Finalmente se produce la huída. Y con el escape sobrevienen los problemas de su identidad, porque Luli no encaja muy bien en ningún lado. Viaja por todo el país con un camionero quien termina por dejarla en el Chaco sin previo aviso. Conseguirá hospedarse en una plantación de algodón pero sus aventuras de exploración la llevarán a enfrentarse con una yarará y, “casualmente” será un gato montés quien la salvará del peligro. El diálogo con su nuevo amigo nos muestra que la identidad de Luli es la que le han dado sus amos y la del gato montés es la que le ha dado la naturaleza: él no tiene nombre ni amo alguno que se lo haya provisto. Esta idea asombra a Luli, para quien el nombre es definitorio de la identidad. En esto sigue el parámetro de que el “nombrar” es otorgar identidad. No se es nadie sin un nombre: “-Un nombre sirve para que tus dueños te llamen. Te ponen un nombre y te llamas así toda la vida. A mí me pusieron Luli.”(Giardinelli, 26: 2000)

La identidad aparece aquí ligada a los otros y no a una búsqueda personal. La dualidad que se vislumbraba en el personaje comienza a afianzarse y la novela nos hace y, les hace a los niños lectores la tácita pregunta de quiénes somos en realidad o si hemos escogido quiénes ser. Tal vez otros hayan escogido una identidad para nosotros. Como veremos en el decurso de la novela, la búsqueda de la protagonista continuará con esta dualidad instalada.

En sus sucesivas incursiones en la selva chaqueña Luli confrontará con animales salvajes que sí saben quiénes son y cuánto les cuesta serlo: el carpincho, el yacaré, el puma, el tapir,

todos obedecen a sus instintos y le explican con sus hechos y costumbres animales que su identidad no es impuesta sino esencial, y que, además, reviste las dificultades propias de un hábitat amenazado.

Finalmente, luego de perderse en la noche de la selva chaqueña y recordar desesperada su antiguo hogar en la ciudad, confortable, acogedor y protector, es el gato montés quien la devuelve a la casa del la plantación de algodón y la confronta con la verdad cuando le dice: “– La vida en libertad es dura y difícil. Siempre podés elegir, pero siempre te enfrentás a muchos riesgos.” (Giardinelli, 52:2000)

Y Luli opta. Se queda en la casa del algodonero, protegida y cuidada...y también aburrida. Tal vez los hechos de su vida son los que determinarán la dubitativa identidad de esta gatita que no está nunca conforme: “-Estaba pensando en irme-le dijo ella.

-¿A dónde?

-No sé, quizás vuelva a la ciudad.” (Giardinelli, 56:2000).

A diferencia del Gato con Botas que obra compelido por una amenaza sobre su vida, Luli no parece tener conciencia plena de los peligros y parece dejarse arrastrar por sus impulsos. A Luli la definen sus hechos y sus hechos son la duda y la disconformidad. Casi como los existencialistas postulan, sus actos determinan quién es y allí reside el significado de su vida.

Giardinelli nos acerca esta gata de características postmodernas que no comprende el entorno, que está desconforme e inquieta porque nada la abastece y que, llevada por sus ansias de expandirse, se asusta ante sus propias decisiones cuando confronta con el peligro.

No deja de ser una gata inaprensible, pero con otro tipo de ejemplo de misterio que tampoco se revela en el final: nos quedamos sin saber si se queda o se vuelve a la ciudad. Si será finalmente una gata de campo o seguirá siendo una gata de ciudad. El gato montés quiere que se quede y ella, femenina y seductora le contesta de manera ambigua: “Bueno, entonces llévame a pasear por el bosque y ahí lo charlamos.” (Giardinelli, 58:2000).

Nadie le niega ni le obliga la identidad a Luli, es ella la que no la encuentra. Finalmente ni es gata de ciudad, ni gata de campo. Y nos deja en la duda y en el misterio, como buen gato.

Un gato decidido a encontrarse: *Lo que nunca se supo del Gato con botas, de Adela Basch*

En este texto de Adela Basch, inscripto en la antología *Había una vez... ¿y después?*, es posible reencontrarse con el Gato con Botas, como personaje tradicional del relato maravilloso. También es posible conocer “el después” de su historia como ministro del

nuevo reino de su amo, el antiguo Marqués de Carabás. Asentado ya, buen administrador de la justicia, útil para su rey y para los reinos vecinos, el Gato con Botas, como buen gato, comienza a “inquietarse” ante tanta quietud. La aventura ha dejado de ser el parámetro rector en su vida y, como la gatita Luli, el apoltronamiento de la vida cotidiana, comienza a aburrirlo: “ 'Esto no puede ser', se dijo. ' Extrañar el pasado es peligroso, sobre todo, cuando este fue duro y doloroso. Es mejor disfrutar del presente. Sí, pero últimamente ando un poco aburrido. Ser Primer Ministro se ha vuelto rutinario y yo quiero vivir algo sorprendente, extraordinario'”. (Basch, 10: 2012).

En este espacio vacío que trae el aburrimiento, para este gato hay espacio para detenerse, para buscar y para proponerse a sí mismo un juego: el juego de la identidad. Porque ya existió un cambio de identidad en su vida, recordemos que antes de ser un Gato con Botas, fue un gato doméstico. El texto de Adela Basch insta un problema, el problema del vacío que proviene del aburrimiento. En una época como la nuestra, no hay vacíos, porque los vacíos aterran a los adultos. Y los han aterrado a lo largo de la historia, “Horror vacui”, dirían los aristotélicos de la Edad Media. Pero en el mundo de los niños los vacíos son esenciales, abren campos imaginarios donde es posible jugar a ser otro, si estamos aburridos. Porque, para los niños, el tiempo no es un problema y el presente “es”, simplemente, sin el dolor del pasado que ya fue ni la presión del futuro que vendrá. La propuesta de Adela Basch es permitirse estar aburrido, permitirse el vacío y “jugar” a llenarlo con nuevas posibilidades. Sólo en el presente y como un niño.

Graciela Montes en una entrevista realizada por María Emilia López aportará palabras esclarecedoras acerca de la importancia del vacío en la vida de los niños y acerca de sus contenidos: “El vacío es tremendamente necesario para cualquier construcción, para cualquier búsqueda de significados. Tiene que haber primero un vacío. Si todo está saturado de discursos ya previstos, si lo único que uno recibe son indicaciones sobre cómo ir hacia esos discursos, no hay lugar para el titubeo, no hay lugar para la duda, no hay lugar para la pregunta. Parecería que se le dice al niño: sos chico, todavía no sabés como aprovechar el tiempo, entonces yo te lo voy a decir. Y eso es un poco soberbio de parte del adulto, porque los chicos tienen mundos adentro de sus tiempos vacíos.” (López, 164: 2007).

En el texto de Adela Basch el Gato con Botas “se corre” por un momento del mundo adulto y, desde el vacío de su aburrimiento, instala aquel juego ancestral de los niños: jugar a ser otro. Así, enloquece al rey a y a la reina, trastorna a todo el palacio porque sucesivamente inventa identidades que van desde ser un “Gato con Gotas” y empapar a

todo el que se le acerque, hasta ser un “Gato con Jotas” y hablar un idioma donde la única consonante que existe es la jota, lo que, indudablemente dificulta la comunicación. Uno se preguntan si el agua, la gota, no están relacionadas con la emoción contenida, y si trabar la comunicación con este lenguaje de jotas, no implica obligar a los que lo rodean a tratar de descifrarlo. Subyace, tal vez, una gran soledad en el mundo ordenado de este Gato con Botas, que es un primer ministro impecable.

Ante el asombro y el disgusto de los reyes, intentará sucesivamente otra propuesta de identidad que lo saque de su aburrimiento y que muestre un ápice de lo que hay en su vacío: será el gato con Notas y todo lo dirá cantando. Es el paroxismo de la necesidad expresiva, lo que, creemos, el Gato se plantea con su accionar. Sin embargo, aunque él esté convencido de tener una bella voz, a nadie le gusta como canta y lo llaman a sosiego. Y lo peor es que nadie se decide a cantar con él.

Y es por eso que decide volver de su vacío a la realidad del mundo adulto diciendo: “No volveré a cantar. Y creo que lo mejor será que de aquí en adelante yo sea su fiel amigo y su confiable Primer Ministro: el Gato con Botas”. (Basch, 15: 2012).

Los adjetivos en este texto no han sido escogidos al azar: ser “fiel” y “confiable” es salir del vacío de la propia magia, de la propia necesidad expresiva y no imponerle al mundo de la cotidianidad y la rutina la desestabilización de una identidad donde sí esté permitida la búsqueda, por más alocada y caprichosa que ésta sea. Buscar la identidad perdida, buscar a los que se han perdido o buscarse a uno mismo, no es fácil cuando obran la intolerancia o la represión. Instalar una identidad nueva, alejada de la que el mundo nos reconoce puede llevar también a que nos crean locos: piénsese si el ejemplo de Alonso Quijano jugando a ser caballero, creyendo ser caballero, no lo arrastró a la desilusión y a la muerte.

Afortunadamente no sucede esto con este Gato con Botas. Sin embargo, de la misma manera que para el Quijote, en el mundo de estos adultos tampoco hay lugar para la magia o para el juego. El narrador termina por concluir la historia con un predecible final feliz, que tiene un encuadre tranquilizador para el mundo de lo establecido como coherente: “Y los tres decidieron que, para festejar, darían una gran fiesta a la que invitarían a todas las gatas del reino, porque intuían que el Gato con Botas estaba necesitando encontrar una novia”. (Basch, 15: 2012).

A manera de conclusión:

Como vemos, la búsqueda de significados a la que se refería Graciela Montes, implica un vacío previo. El problema reside, para nosotros adultos, en dar permiso para abrir la puerta para ir a jugar. Tal vez los gatos y sus vidas, esquivos y misteriosos, proponen estos largos vacíos cuyos contenidos nos están vedados y nos intranquilizan. Gatos o niños con sus juegos de identidad no hacen otra cosa que acercarnos a la búsqueda del ser, que está oculta a la vista. Afortunadamente, existe la literatura, donde sí hay permiso para el vacío y para el juego.

Bibliografía

- Basch, A. y otros. (2012), “*Lo que nunca se supo del gato con botas*”. En: *Había una vez... ¿y después? Antología*, Buenos Aires, Ediciones Quipu.
- Borges, J. L. (1974), *El oro de los tigres*. En: *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé Editores.
- Cayo P. S. *Historia Natural*. (1624). En: Universidad Complutense de Madrid. Publicado por Luis Sánchez: <http://archive.org/details/historianatural00segogooq>
- Cirlot, J. E. (2007). *Diccionario de símbolos*. Madrid, Siruela.
- Giardinelli, M. (2000). *Luli, una gatita de ciudad*. Buenos Aires, Alfaguara Infantil.
- Grimm, J. y W. (comp.) (2000), *Cuentos de los hermanos Grimm*. Barcelona, Ediciones B.
- López, M. E. (comp.) (2007). *Artepalabra. Voces en la poética de la infancia*. Buenos Aires, Lugar Editorial.